

La victoria estratégica

Desembarco en el Sur

(Capítulo 5)

EL MARTES 10 DE junio se produjo finalmente el desembarco enemigo por la costa sur de la Sierra, que nosotros estábamos esperando desde mucho antes del inicio efectivo de la ofensiva, y con ello, la apertura del Tercer Frente de combate, ahora en el sector sur de nuestro territorio.

Le tocó cumplir esa misión al Batallón 18, al mando del comandante José Quevedo Pérez. Este batallón había sido creado a los efectos de la ofensiva, a partir de una compañía mixta compuesta por personal del cuartel Maestre del Ejército, situado en la base de San Ambrosio, en La Habana, y personal de la Escuela de Cadetes. La compañía había sufrido un importante descalabro en el mes de febrero, en ocasión de el Combate de Pino del Agua, y el comandante Quevedo había sido designado como su jefe en los primeros días de marzo.

En las semanas anteriores al inicio de la primera fase de la ofensiva, estos efectivos habían sido ampliados hasta crear las compañías denominadas G-4 y Escuela de Cadetes, y se había agregado una nueva compañía —la 103— con personal del Regimiento 10 de Infantería, que tenían su base en San Antonio de los Baños.

Para esta operación, el Batallón 18 contaba con una plantilla completa de 315 efectivos, además de una sección de morteros y del personal sanitario. Disponía de un mortero de 81 milímetros, otro de 60, una bazuca de 3,5 pulgadas, dos fusiles automáticos Browning, una subametralladora Thompson, fusiles semiautomáticos Garand, carabinas San Cristóbal y fusiles Springfield. Las armas estaban provistas de parque relativamente abundante para la campaña que debían librar, y el personal disponía de suministros para un mes de operaciones en la montaña.

El batallón se movilizó el 9 de junio, y alrededor de las 4:00 de la tarde salió en camiones hacia Santiago de Cuba. Como parte del convoy, además del personal y los pertrechos, iban dos jeeps y otras tantas arrias de mulos recogidas en la zona de Contramaestre. Antes de la salida se le agregaron también a la tropa, en calidad de prácticos, cinco conocedores de la zona de la Sierra, donde iba a operar la unidad. Esa misma noche abordaron en Santiago de Cuba la fragata *Máximo Gómez* y otra embarcación.

Después de navegar toda la noche, las dos embarcaciones llegaron en horas de la mañana frente al lugar conocido como Las Cuevas, al pie mismo del macizo del Turquino. El desembarco comenzó de inmediato, y se dificultó por las condiciones de mar gruesa y oleaje fuerte, características de esa parte de la costa. La playa de Las Cuevas, en realidad, no es tal playa, sino una orilla de grandes piedras redondas. Los hombres iban llegando a la costa en pequeños botes de remos, mientras los mulos, alborotados y nerviosos, fueron echados al agua a tirones y empujones.

Salvo las exploraciones y los tiros de limpieza que acompañaban habitualmente una operación de este tipo, el desembarco se produjo sin incidencias combativas. En Las Cuevas no



había personal rebelde. De hecho, era uno de los poquísimos lugares con condiciones relativas para el desembarco que no había sido cubierto por nosotros, producto de la escasez de fuerzas de que disponíamos en ese sector.

Debo decir que mi primera reacción al recibir las informaciones iniciales sobre el desembarco fue de sospecha. En un mensaje, enviado a Paz al día siguiente, escribí que, de ser cierta la noticia:

*[...] indicará indudablemente que [las fuerzas enemigas] estaban en conocimiento de la posición de nuestras tropas [...].*

*Estaba esperando yo tener algunos hombres más armados para custodiar este último punto [Las Cuevas] que era el que nos faltaba.*

Desgraciadamente, en la documentación ocupada al enemigo no existen referencias a las razones que determinaron la selección de Las

Cuevas para el desembarco. Sin duda, las playas de Ocujaal o de La Plata, por mencionar solo dos puntos, tenían mejores condiciones naturales y, por esa razón, eran los puntos mejor fortificados por nosotros y a los que habíamos destinado mayor cantidad de personal rebelde en espera del desembarco. Sin embargo, la decisión de escoger Las Cuevas —feliz para el mando enemigo— permitió que el desembarco del día 10 se llevara a cabo sin resistencia de ningún tipo. No era aventurado conjeturar que de haber estado emplazada en Las Cuevas, aunque fuera una patrulla rebelde, el desembarco, en las difíciles condiciones en que se produjo, hubiera sido prácticamente imposible o, en el peor de los casos, se hubiera llevado a cabo al costo de no pocas bajas del Ejército.

Por una coincidencia singular, el 9 de junio, el mismo día que se movilizó el Batallón 18 desde